



Vegadeo aún emana burbujas de gaseosa

Seguramente muchos lectores de LA VEGA recordarán que en la salida de Vegadeo hacia Miou hubo una fábrica de gaseosas y sifones. Lo que quizá algunos no conozcan es que tras las puertas de esa misma casa que albergó la fábrica, se conserva vivo el recuerdo de más de siete décadas de actividad a modo de museo privado.

Las burbujas y el coleccionismo son las grandes pasiones de Jesús Soto (más conocido como Suso Muralla). Aficiones o, más bien, el recuerdo y homenaje al legado familiar que creó a principios del siglo XX su abuelo, José López Santamarina, en la misma ubicación en la que nos abre las puertas Jesús para enseñarnos con orgullo el lugar en el que ha reconstruido parte de la historia de un negocio y del pasado industrial de Vegadeo.

Decenas de botellas perfectamente alineadas y colocadas en estanterías construidas en exclusiva para albergar esta apreciada colección, cerca de 400 sifones antiguos de distintos lugares de Europa, conviven con la maquinaria y utensilios de la fábrica que se conservan intactos (tras una labor de rehabilitación por parte del propietario) en una sala revestida en piedra y madera que bien merecería convertirse en aula didáctica y lugar de visita para los estudiantes del concejo y visitantes de nuestra villa.

LA ÉPOCA DORADA DE LAS GASEOSAS

“Mi abuelo fundó la fábrica en 1908, en una época en la que las aguas carbonatadas efervescentes empezaban a ser apreciadas en nuestro país”, nos cuenta un entusiasta Jesús mientras nos muestra el manantial natural que dotaba de agua a la fábrica (perfectamente conservado), y los antiguos depósitos en los que se almacenaba este producto clave y pionero en la historia de las bebidas refrescantes en España. Nuestro anfitrión nos recuerda que él se crió en contacto con un negocio que heredaría años más tarde



“Mi abuelo fundó la fábrica en 1908, en una época en la que las aguas carbonatadas efervescentes empezaban a ser apreciadas en nuestro país”





su madre y en el que también ayudaba desde niño.

Y es que a la hegemonía del vino en las preferencias de muchas mesas le empezaron a salir ya en el siglo XIX, algunos competidores en Europa, sobre todo a raíz de la amenaza de plagas como la filoxera, que empujó a muchos bodegueros a buscar nuevas alternativas de negocio. En ese contexto, además de la cerveza, las gaseosas, que ya se consumían en Alemania y Francia con fines medicinales, empezaron a llegar también a nuestro país, y los más emprendedores comenzaron a buscar la fórmula para tratar de imitar su sabor y conseguir el anhídrido carbónico que le suministrase tales propiedades a las aguas que salían de los manantiales



locales. Aunque fueron los boticarios los primeros en preparar bebidas carbonatadas como remedio para aliviar la acidez y los malestares estomacales, la creciente demanda de estos productos y los avances en las técnicas de carbonatación y encochado permitieron que pioneros como José López se hicieran rápidamente un hueco en el mercado.

Tanto éxito tenía la gaseosa que en 1950 funcionaban en España más de 5.000 fabricantes de bebidas carbonatadas, que distribuían principalmente en su provincia y alrededores, como es el caso de Gaseosas Muralla y otras tantas del occidente y del centro de Asturias, desde Grandas de Salime (cuyo recuerdo permanece en un espacio del museo etnográfico de la localidad) a Pola de Siero (que también dedica un espacio museístico a los sifones) o a la cercana villa de Meira, en la provincia de Lugo, donde nació la conocida empresa La Pitusa.

A partir de mediados del siglo XX comenzó la concentración del sector y la mayoría de las industrias o bien fueron absorbidas por las grandes marcas o tuvieron que cerrar. La llegada de otro tipo de refrescos, y la sustitución de las botellas de cristal por envases metálicos (popularmente conocidos

como latas) y de plástico, supusieron el inicio de la decadencia para muchos de estos negocios. Sorprendentemente, como decíamos, Gaseosas Muralla se mantuvo en activo varios años más, suministrando refrescantes burbujas a toda la comarca, sodas y gaseosas edulcoradas o bien con añadido de esencias y sabores.

De hecho, la fábrica permaneció en funcionamiento hasta la década de los 80 del siglo pasado con el propio Jesús al frente, que compatibilizaba esta labor con la de profesor de tecnología en el instituto veigueño, tratando de alargar al máximo ese espíritu romántico de una industria familiar muy cercana al cliente final.

UN TESORO A MANTENER Y DIFUNDIR

La botella más antigua que podemos encontrar en la exposición data de 1809. También conserva Suso gran número de tapones de botellas; los hay de todos los tipos: de corcho, de bola, de corona, de alambre, de porcelana...

Y tras la fabricación llegaba la publicidad, que motivó el despegue de la gaseosa. Y aunque los anuncios de Gaseosas Muralla seguramente no aparecieron en la tele del momento, Soto conserva entrañables carteles y anuncios de la época referidos a las bebidas de burbujas.

En definitiva, un espacio muy personal en el que Jesús Soto guarda un gran tesoro: la historia de una generación de emprendedores en su familia que formó parte también de ese Vegadeo glorioso, industrial y referente del occidente de Asturias, del que se han borrado muchas huellas y que sería más que conveniente reconstruir.

AFÁN COLECCIONISTA

Pero el afán coleccionista de Jesús Soto no se limita a las botellas y sifones. En la parte superior de esta vivienda conserva una admirable colección privada que poco o nada tiene que envidiar a muchos museos etnográficos o de antigüedades. También en perfecto orden y catalogados por tipos, encontramos distintos modelos de embudadoras, cribas, máquinas de coser, morteros y almireces, candiles, planchas, un mapa topográfico del Vegadeo antiguo y una vasta colección de más de 90 máquinas de escribir de distintas décadas y procedentes de varios países.

En resumidas cuentas, lo que podemos ver en el espacio expositivo de Suso Muralla, es un extenso muestrario de artilugios técnicos y objetos artesanales construidos en tiempos anteriores a la era digital.

La colección se presenta mediante vitrinas y estanterías que permiten ver lo expuesto con claridad. Las salas de exposición están diseñadas con gusto, la iluminación es adecuada y el estado de conservación de los objetos sorprende positivamente. Se nota que tanto la colección como el espacio expositivo fueron hechos con cariño.

Como no puede ser de otra manera, este logro requiere mucho trabajo e incalculable tiempo. Así pues, es lógico pensar que, con el paso de los años, tanto esfuerzo demande una finalidad, pida trascender, salir a la luz. Por ello, y porque esta loable colección lo merece, pensamos que en algún momento este pequeño museo se abrirá al público. Ahora bien, encontrar la fórmula adecuada no es tarea fácil.

Mientras esto sucede y sería deseable que así fuese, Suso seguirá con su silenciosa labor, buscando y encontrando objetos que merezcan ser expuestos en su museo.

A nosotros sólo nos queda felicitarlo por su encomiable trabajo.

